

Arturo Arias

**¿De veras agotadas? Solo en el mercado por su falta de circulación:
repensando la narrativa centroamericana del mini-boom**

The University of Texas at Austin, EE.UU.

arturo_arias@austin.utexas.edu

La convocatoria de este número de *Istmo* es interesante en un par de frases provocadoras que invitan a la meditación. Dice la misma: “estas novelas pueden parecer obsoletas, textos del pasado que se quedaron en el pasado, encerrados en el contexto polarizado del momento de su creación, incapaces de romper el cerco de la esquematización ideológica para ‘permanecer presentes en el futuro’ (Boris Groys, “Art Workers: Between Utopia and Archive”)”. La provocación es desde luego deliberada, un mecanismo retórico para incitar a una nueva reflexión. Me parece sin embargo que entre las múltiples posibilidades hacia el cual la misma convocatoria invita a realizar este re-pensamiento, se obvia la verdadera explicación: la naturaleza de la globalización en relación con la industria del libro.

Digo lo anterior porque en cualquier otro espacio latinoamericano dicha interrogante no surgiría. En 2013 se celebraron los 50 años de la publicación de *Rayuela* de Julio Cortázar. Los centros editoriales metropolitanos realizaron una muy buena movilización de todas sus obras, volviendo “contemporáneo” al autor argentino de nuestra juventud. Este año de 2014 murió Gabriel García Márquez. Ahora todas sus obras adornan las librerías dominantes del mundo en lengua castellana. ¿De veras es tan abismal la diferencia entre una *Rayuela* y un *Pobrecito poeta que era yo...*” como para re-circular la primera y condenar la segunda al pasado por su

esquematación ideológica? Me parece que se habla en términos equívocos, sobre todo si pensamos el interés que ha generado la circulación de los papeles de Roque Dalton (1935-1975) por parte del autor centroamericano Horacio Castellanos Moya en este último año. Si Dalton estuviera condenado al purgatorio del silencio ingrato, ¿por qué la circulación de sus papeles desconocidos arma tanto revuelo?

A mi modo de ver lo que cambió no fue la calidad literaria de las textualidades narrativas centroamericanas de los 1960s y 1970s. Al fin y al cabo los escritores de la época que aún se encuentran vivos –Ramírez, Argueta, Belli, Alegría, mi propia persona, para solo citar éstas y estos– continúan publicando hasta la fecha. Varios de ellas y ellos –Ramírez y Belli notablemente– continúan siendo éxitos editoriales en el presente. Lo que cambió de manera dramática fue el papel hegemónico que cumplió la literatura a lo largo de buena parte del siglo veinte, porque se transformó de manera epistémica el papel histórico que cumplieron los letrados desde por lo menos la invención de la imprenta, en combinación con la revolución neo-liberal introducida por la globalización de la economía.¹ Estos fenómenos transformaron de manera dramática la funcionalidad de las textualidades narrativas y los mismos espacios culturales en diferentes espacios geopolíticos. Esto sucedió muy especialmente en las Américas, donde el peso de la cultura imperial estadounidense es mucho más fuerte, hasta el punto de borrar, con la simple introducción de medios tecnológicos alternativos que dejaron las textualidades narrativas en el olvido, las historias culturales de los países bajo su inmediato control: los de la cuenca del Caribe, con la notable excepción de Cuba. Será este punto lo que argumentaré en el presente artículo.

¹ Es cierto que para algunos autores del período, el cambio de coyuntura significó una fuente de depresión emocional al comprender que aquel proyecto utópico de “tomar el cielo por asalto”, en el cual invirtieron todos sus anhelos, y por el cual arriesgaron su propia vida, fracasó de manera brutal, cediéndole paso al capitalismo más desmedido en la región. Ello pudo conllevar la muerte, ya no como resultante de combates armados sino de la depresión aunada a enfermedades que pudieron tener orígenes emocionales (Payeras, Armijo), o bien al silencio. Pero éste ya es un fenómeno de otra naturaleza que implicaría otro tipo de premisas a problematizar.

Orígenes

Interpretación del desarrollo social centroamericano: Proceso y estructuras de una sociedad dependiente (1968) de Edelberto Torres-Rivas constituye no solo el primer intento por presentar un análisis integral de la estructura socio-económica centroamericana trazando el desarrollo social de la región desde la independencia (1821) hasta los 1960s, sino que es también una explicación de la relación heterogénea entre elementos nativos y extranjeros en la región. Entre otras cosas enmarca cómo la modernidad centroamericana comenzó a articularse a partir de la hegemonía liberal desatada en el último cuarto del siglo diecinueve. El nuevo sector en el poder, mestizo en todos los países de la región con la excepción de Costa Rica, insertó las economías nacionales agroexportadoras en el mercado internacional, profundizó las relaciones capitalistas en el agro y estrechó sus relaciones con el capital extranjero. Esa valoración continúa vigente. Como señala Patricia Arroyo Calderón,

las décadas de 1880 y 1890 fueron testigos de la instauración del entramado institucional liberal en las cinco repúblicas centroamericanas, así como del avance imparable del pensamiento positivista y de las filosofías del desarrollo más materialistas. (132).

Lo anterior contribuyó, más allá de transformaciones estructurales o políticas, a una mayor apertura hacia las humanidades, con especial énfasis en la filosofía y la literatura. Por ello tenemos que buscar de manera general la emergencia de una modernidad en la literatura centroamericana dentro de estos parámetros que el crítico nicaragüense Leonel Delgado Aburto define como “la inscripción global agro-exportadora de Centroamérica dentro de los proyectos liberales oligárquicos” (3).

En este contexto, la literatura centroamericana hizo su aparición en la península española cuando Rubén Darío viajó hacia Madrid en 1892 para la celebración del cuarto centenario del primer viaje de Colón a las Américas, como lo indiqué ya en un artículo anterior (ver “¿Habrán”). En su época, esto era el equivalente a entrar en un mundo globalizado desde la aun

mayor marginalidad centroamericana que la actual, dadas las condiciones de la época. Como indiqué en el mismo artículo, en la península española (que sería hoy el equivalente de cualquier espacio metropolitano globalizado) existía (y aún existe) una escasa conciencia de los rasgos que podrían diferenciar al istmo centroamericano del resto de América Hispánica. Existía incluso escasísima conciencia de que autores como Darío eran efectivamente centroamericanos y no “latinoamericanos” (cuando no “sudacas”) en la acepción más amplia de un tropo que simultáneamente invisibiliza su “cintura,” en el decir de Neruda, y posibilita un corpus literario continental.² Ya entonces, la perspectiva epistémica de la producción literaria centroamericana favorecía una exploración de la problemática indígena (por muy aurática, fetichista y reificada que fuera), de la unión regional, y/o de otros fenómenos que diferenciaban al istmo del resto del continente, como mecanismo intuitivo de una diferencia colonial más sentida que comprendida o articulada críticamente. Asimismo, la lectura “española” (es decir, cosmopolita) de la misma, había ya elidido dicho posicionamiento y, por extensión, transformado la posible decodificación heterogénea de su lectura en una estandarización homogenizante de la cual los signos identitarios regionales quedaban excluidos. España –como todo centro cosmopolita– solo se interesaba en la periferia como mecanismo para resolver sus propias contradicciones de legitimación. Con Darío era la guerra hispano-americana. Con los autores del *boom* fue el fin del franquismo. Con Ramírez, Monterroso y los centroamericanos de los 1980s y 1990s, la democratización y la entrada española a Europa. De la misma manera, autores del *boom* también fueron traducidos al inglés en los Estados Unidos tan solo en el contexto de su propia crisis resultante de la guerra de Vietnam, y los centroamericanos para oponerse a la nefasta política de Reagan en la región durante los 1980s.

De acuerdo con Perry Anderson en *The Origins of Postmodernity*, el concepto de “modernismo” nació en el encuentro que Darío sostuvo en Lima con Ricardo Palma en 1888, publicado posteriormente en una revista guatemalteca. Una cronología de este encuentro ha sido

² Incluso el insulto puede ser alienante en España. Cuando más de alguna vez me lanzaron a la cara el epíteto “sudaca” en las calles de Madrid, tuve que quejarme con el insultante, argumentando que yo no era “sudaca” como los argentinos o ecuatorianos, sino “centraca” para mucha honra.

publicada por Juan E. De Castro, argumentando que el encuentro en cuestión representó dos enfoques diferentes en torno a la literatura. Palma aparece vinculado a “la reinterpretación y extensión del legado literario y cultural colonial” y Darío “a la incorporación de la literatura de la región a lo que Pascale Casanova ha llamado la república mundial de las letras, caracterizado por el cosmopolitanismo y la innovación continua” (49).³ De Castro afirma que en el artículo en cuestión, Darío vincula su movimiento al conjunto de Hispanoamérica en vez de asociarlo a un país específico. Agrega más adelante que Darío fue el primero en emplear una localidad periférica para la libre incorporación y modificación de las literaturas del centro (ver 58). Tenemos en esta situación al primer autor centroamericano que fue forzado a elidir la especificidad de sus espacios etnoterritoriales para que su cosmopolitanismo fuera reconocido en Europa.

Darío mismo comentó su salida de Nicaragua como una “huida” que explica como el resultado de encontrarse “asqueado y espantado de la vida social y política que mantuviera a mi país original en un lamentable estado de civilización embrionaria”.⁴ De allí en adelante mantendrá una tensión dinámica entre su identidad local y sus aspiraciones de inclusión postcoloniales, trauma típico, según la teoría lacaniana, de subjetividades divididas e incapaces de sobreponerse a la alienación de la marginalidad, que buscan evadir la abyección de sentirse sujetos periféricos o marginales. En el caso centroamericano, por residir en la “marginalidad de la marginalidad”.⁵ El trauma de Darío es generado por la imposibilidad de la condición centroamericana, cuyos patrones se reproducen entonces como ahora. En este sentido, Darío no se diferenciaba mucho de centenares de miles de inmigrantes centroamericanos en los Estados Unidos, tratando de reinventarse como sujetos cosmopolitas. Marca su voluntad de mimetizarse en sujeto cosmopolita, fetiche y desafío que se desprende del desamparo de la traumática

³ El propio De Castro ironiza la posición de Anderson, quien afirmó que le debemos la acuñación del nombre del movimiento estético a un poeta nicaragüense que publica en una revista guatemalteca sobre un encuentro literario en una ciudad calificada por el propio Anderson como “una periferia distante [...] del sistema cultural de la época” (3; mi traducción, A.A., citado en De Castro 48).

⁴ *La Nación* (1913), recopilado en Darío, *Historia*.

⁵ Ver mi teorización a ese respecto en *Taking*.

marginalidad que lo marca y que operaría como mecanismo negativo históricamente persistente y multifacético, capaz de retenerlo en un espacio local que limitaría o incluso excluiría la difusión de sus prácticas escriturales, al reproducir patrones de invisibilidad en los centros hegemónicos de decisión cultural. La práctica le indicó a Darío que las identidades nacionales tan solo conducían a la invisibilidad cuando se provenía de la marginalidad de la marginalidad. Entonces, obsesionado por el poder interpretativo en un sentido que hoy llamaríamos “transatlántico”, Darío decide reconstituirse *tout court* como el portavoz de la literatura del continente en España. Abandona sus raíces localistas y protege su endeblez emocional con la retórica del arte por el arte, aunque permanece sujeto a las fracturas y desintegración de su propia negatividad, articulando su producción como formas de melancolía incapaces de resistir la sentimentalidad, empapadas de poder afectivo.

El *mini-boom*

Mencioné ya que Centroamérica ganó visibilidad mundial por medio de las luchas revolucionarias de los años ochenta. Sin embargo, desde un punto de vista metropolitano/eurocéntrico, la región volvió a su invisibilidad tradicional en la década siguiente, una vez la inestabilidad política pareció haberse solucionado. Desde entonces, la globalización ejerció una fuerte influencia estructural, la cual ha pesado sobre toda la región.⁶ El final del largo ciclo guerrillero de treinta años y de los sueños utópicos de la revolución cambió el marco simbólico de la mayoría de los sujetos centroamericanos.

El “período guerrillero” está fechado desde la insurrección de jóvenes oficiales nacionalistas en Guatemala el 13 de noviembre de 1960 –la cual condujo a la formación del primer grupo guerrillero en la región y a una conversión de fondo a la actividad guerrillera por parte de la oposición, que desdeñó las soluciones pacifistas o electoralistas como resultado de la

⁶ Ver Robinson quien argumenta que Centroamérica está situada como localidad de un proceso transnacional y que la rápida transición hacia la globalización generó las crisis políticas de los ochentas.

polarización política— hasta febrero de 1990, cuando, apenas tres meses después de la caída del muro de Berlín, la derrota electoral de los sandinistas precipitó los acuerdos de paz en El Salvador y Guatemala, conllevando a transiciones pacífico-democráticas.

El período guerrillero ni fue solo crisis y tragedia, ni fue un período cualquiera. Representó un insoslayable sentimiento de adquisición de poder, al generar la ilusión de romper con el imaginario político de los Estados Unidos, en el cual ha operado la región por lo menos desde la invasión de William Walker en 1855, como especie de modelo iluminista tardío. Asimismo, toda la literatura moderna del istmo ha sido, en consecuencia, una discursividad en oposición a esta misma hegemonía. Basta citar ejemplos de principios del siglo veinte tales como *El problema* (1899) de Máximo Soto Hall (1871-1944), *La caída del águila* (1920) de Carlos Gagini (1865-1925) o *La oficina de paz de Orolandia* (1925) de Rafael Arévalo Martínez (1884-1975).

El período guerrillero articuló imaginarios sociales en los cuales se plasmó la creencia en la capacidad transformativa de los pueblos como dimensión ética acoplando un problema de conocimiento con un efecto de verdad. Los mismos imaginarios articularon sentimientos generalizados de que la región adquiriría cierto grado de madurez que le posibilitaría, pasadas las guerras, el unirse a los rangos de la modernidad con el triunfo de los movimientos revolucionarios. Similar a las consecuencias de la crisis de 2008 en Europa y en los Estados Unidos, fue un momento histórico en el cual la democracia en el mundo se encontró estancada o incluso en retroceso como resultado del McCarthyismo en los Estados Unidos y la crisis del PCUS en la Unión Soviética luego de la muerte de Stalin y la invasión de Hungría en 1956. En esa coyuntura mundial, Centroamérica —y especialmente Guatemala— buscaba reponerse del callejón sin salida que le generó la invasión estadounidense que derrocó la democracia arbencista en 1954, y que produjo un represivo Estado paramilitar. Es imposible entender dicho período histórico sin tomar estos factores en cuenta, a los cuales les podemos agregar la euforia generada por la revolución cubana y por la liberación e independencia africanas, a las cuales se conjuntaba la década de los derechos civiles en defensa de la población africano-americana, las mujeres, los

gays y lesbianas en los propios Estados Unidos, en el contexto de una crisis en Vietnam que produjo una importante revuelta cultural cuyo impacto aún se siente y el cual sectores ultra-conservadores estadounidenses y europeos continúan intentado deshacer hasta el día de hoy. No podemos olvidar que la fecha emblemática acuñada por teóricos del sistema-mundo o por el Foro Social Mundial es “1968” como tropo paradigmático de cambio epistémico.⁷ Esta fecha es característica de las diferentes visiones políticas para las cuales el año 1968 sirve como punto divisorio, e incluye las luchas centroamericanas dentro del mismo.

La singularidad de la Centroamérica post-1954 –traumatizada por la invasión a Guatemala en junio de ese año que removió al presidente constitucional Jacobo Árbenz, quien era anatema para los intereses estadounidenses por su nacionalismo económico históricamente definido como “comunismo”– dictó que los contenidos literarios a partir de ese momento fueran de naturaleza política si el sujeto letrado iba a encajar en los juegos en torno al efecto de verdad en la región y defender su centralidad escritural. Dado el fermento de los tiempos esto fue en parte una práctica coercitiva de las sociedades civiles centroamericanas, particularmente del sector letrado intelectual. Pero fue también una respuesta ética a la invasión guatemalteca y sus consecuencias, que condujeron a toda la región al caos. Estas condiciones –la serie vertiginosa de eventos políticos y agendas secretas– podían ser enmarcadas tan solo por el lenguaje literario, en parte porque las ciencias sociales centroamericanas aún estaban dominadas por las europeas y estadounidenses en ese momento. Los centroamericanos no habían desarrollado aun su propio cuerpo de trabajo científico, aunque comenzarían a hacerlo durante la década siguiente.⁸

El guerrillerismo por lo tanto representó no solo el espectro de una tragedia colectiva sino también la aparición de una esperanza utópica como articuladora deliberada de macro-relatos

⁷ Ver Smith, Karides et al. para una explicación de este paradigma. Otros autores involucrados en las teorías del sistema-mundo que han problematizado este tema incluyen a Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi.

⁸ Todavía en 1954, científicos sociales estadounidenses tales como Richard N. Adams dominaban el espacio de las ciencias sociales centroamericanas. Ya en los 1960s, individuos tales como Humberto Flores Alvarado, antropólogo que surgió como crítico de Adams, el ya mencionado sociólogo Edelberto Torres Rivas, quien participó en el equipo que diseñó la teoría de la dependencia en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-Chile, y el economista Gert Rosenthal, quien trabajó para las Naciones Unidas, habían empezado a dejar su huella. En los 1970s, Centroamérica ya tenía un alto número de economistas, sociólogos, y antropólogos.

historificando genealogías regionales de opresión y sojuzgamiento dentro de una narrativa que implica la ilusión semántica de una victoria final de los desposeídos. La matización de estas distinciones conceptuales no desdice que la emergencia de esta discursividad fuera producto de siglos de opresión condicionando el deber de agenciar una liberación colectiva intencional en diferentes estratos sociales. Fueron décadas donde cambiar el mundo parecía posible y donde ser actores en el escenario mundial proveyó una buena inyección de adrenalina para poblaciones centroamericanas acostumbradas a operar en las márgenes de la visibilidad global. Quizás por eso mismo, o más probable por la misma herencia de la colonialidad que le configuró rígidos parámetros a su producción, fue, en el plano literario, una textualidad narrativa que surgió dentro de parámetros iluministas eurocéntricos, inevitablemente marcada por la naturaleza de proyectos cosmopolitas diseñados por Kant desde finales del siglo dieciocho para articular principios de sociabilidad dentro del ya mencionado marco iluminista, por mucho que venga con una perspectiva crítica. Emerge desde principios del siglo veinte como narrativa emancipadora. En este contexto, no se puede separar la narrativa del *mini-boom* centroamericano de los años setenta del siglo veinte de toda esta genealogía que parte de finales del siglo diecinueve. Tampoco se puede, por lógica, separar de los contextos socio-históricos vividos por el istmo durante el mismo período, independientemente de teorías eurocéntricas como las de Bosteels o Rancière, para referirme tan solo a este par de figuras totémicas mencionadas en la convocatoria de este número especial, que poco tienen que ver con las centroamericanidades y sus particulares imaginarios. Fue, al mismo tiempo, un mundo en el cual los letrados ejercieron hegemonía social por última vez, fenómeno que desapareció hacia fines del siglo veinte.

El diseño sistémico anteriormente señalado se dividió en una fase desarrollista, vinculada a la creación de Naciones Unidas y sus brazos económicos, especialmente la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), la cual hegemonizó de los 1950s hasta por lo menos la mitad de los 1960s, cediéndole su hegemonía al guerrillerismo que sirvió de puente entre la anterior etapa y la neoliberal que despegó en la década de los 1980s. En este contexto, la producción literaria guerrillerista fue parte de ese horizonte de expectativas que cuestionó la maquinaria desarrollista

y buscó alternativas anti-imperialistas como mecanismo para implementar alternativas de modernidad, sin entender que pese a configurarse al interior de marcos socialistas no dejaban por ello de ser eurocéntricas. El poeta salvadoreño Roque Dalton denominó este período como “el turno del ofendido”, frase que recogía la fuerza de voluntad de sujetos invisibilizados que luchaban por ganar gestión de poder o agenciamiento, dignidad y libertad en un escenario mundial en el cual se les había condenado a siglos de abyecta invisibilidad.

A diferencia de lo previamente indicado en *Taking Their Word*, agregó aquí la reflexión de Saldaña-Portillo acerca de que los movimientos revolucionarios centroamericanos se suscribían, como indicado en el párrafo anterior, a un modelo desarrollista. Ella considera esto problemático por parecerle paradójico el que subjetividades nominalmente revolucionarias se identifiquen con un modelo desarrollista de subjetividad. Lo es y no lo es. Por un lado, un movimiento desarrollista, de haber llegado a consolidarse, sería “revolucionario” por el solo hecho de que su implementación y ejercicio de poder político sería el producto de una gestión de poder o agenciamiento de sujetos previamente subalternizados y racializados como vemos con el actual caso de la presidencia de Evo Morales en Bolivia. Las obvias limitaciones transformadoras de este último hubieran imperado a su vez en Centroamérica sin ninguna duda. Por otro lado, esta misma afirmación es problemática precisamente porque sus discursividades dependían de las herencias coloniales de raza y género en sus procesos de construcción de subjetividad, en su poder de gestión, en su conciencia y en su visión de cambio social. Todos estos elementos se retratan en los imaginarios sociales constituidos por la literatura guerrillera del período. Basta releer *Pobrecito poeta que era yo...* a este respecto.

Si bien Saldaña-Portillo no deja de tener razón en algunos de sus argumentos, existe también en los mismos una falta de reconocimiento de que la praxis política centroamericana no tenía mucho de donde escoger. Eran expresiones de una resistencia local a la cultura desarrollista planteada desde el centro del poder hegemónico occidentalista. Si existieron errores conceptuales, los mismos se debieron a que ante la existencia del modelo cubano/socialista/tercermundista de la década de los sesentas, los revolucionarios centroamericanos,

como todos los otros sujetos del entonces llamado “tercer mundo” respondieron desde dentro de esos parámetros al orden mundial impuesto al final de la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, los movimientos que emergieron en la década de los sesentas se plantearon desarrollos alternativos en vez de alternativas al desarrollo, al encontrarse los imaginarios de sus dirigencias aún enmarcados dentro de parámetros que no por ser socialistas dejaban de ser occidentalistas, que emergían del iluminismo como ya lo he señalado, que defendían el “progreso civilizatorio” de corte eurocéntrico sin reflexionar sobre su naturaleza tan singular enmarcada en la diferencia colonial, ni sobre las implicaciones verticalistas de las misóginas estructuras político-militares de las organizaciones revolucionarias, contradiciendo la búsqueda de procesos democráticos horizontales entre sujetos heterogéneos con desiguales relaciones de poder entre sí. Todos los movimientos revolucionarios de la época integraron la lógica restrictiva de dicho régimen de conocimiento.

Asimismo, existe en la crítica de Saldaña-Portillo una visión reductiva y poco generosa de la voluntad de poder expresada por los movimientos guerrilleros, aun cuando uno pueda reconocer los gruesos errores militaristas, masculinistas y verticalistas que conllevaron a su destrucción. La anterior fenomenología fue debidamente problematizada por Ileana Rodríguez, al articular las implicaciones para el sujeto masculino de transformar la noción de “victoria revolucionaria” en “conquista”, en mecanismo de guerra, en la conquista de la mujer-nación, reproduciendo el significante de violencia asociado tanto al hecho de conquistar como al rendimiento de la femineidad no “seducida” sino “poseída”, es decir, violada, de acuerdo a los lineamientos discursivos heredados de la conquista española (153). Como ya señaló Brian Gollnick en su análisis sobre el desarrollismo que aparece aun en *Taking Their Word*, Saldaña-Portillo hace comparaciones reductivas con los discursos positivistas decimonónicos sobre el concepto de raza que según ella deforman el pensamiento de Mario Payeras. Posiblemente la crítica no solo ignora que Payeras fue el teórico guerrillero más avanzado y con mayores conocimientos filosóficos de toda la región, razones por las cuales escribió y por lo tanto está sujeto al escrutinio crítico a diferencia del conjunto de comandantes guerrilleros de ese período;

desconoce los escritos de Payeras sobre la problemática étnica publicados no solo en la revista *Compañero* sino en un libro posterior sobre dicha temática, en la cual se evidencia que, independientemente de los acuerdos o desacuerdos que uno pudiera tener con el autor sobre la temática, no hay rastros del positivismo en sus escritos; sino que tampoco considera la censura que sobre los mismos ejerció Rolando Morán, comandante en jefe del Ejército Guerrillero de los Pobres:

Lo que falta tanto en el análisis de Saldaña de los fracasos de la izquierda revolucionaria como en su identificación con modelos alternativos para el sujeto revolucionario, es un entendimiento de que sus objetos de análisis emergen de tradiciones culturales que operan dentro de América Latina y, aún más importante, una comprensión de que estos son productos de una colaboración entre intelectuales y actores sociales de origen popular. (116; mi traducción, A.A.)⁹

Asimismo, la caída del gobierno arbencista en Guatemala generó una especie de frenesí anti-imperialista, el cual luego se agudizaría con el triunfo de la revolución cubana cinco años después. Como la voz del nacionalismo fue primordialmente la voz de los sectores medios en Centroamérica, el sector al cual pertenecían la gran mayoría de intelectuales y artistas, no es entonces sorprendente que buena parte de los letrados emergiendo después de 1954 estuvieran influenciados por esta voz al intentar representar simbólicamente los eventos mencionados en su literatura, a la vez de encontrarse simultáneamente sumergidos en desenfrenadas contiendas sociales. Como Dalton afirmó, la *generación comprometida* de El Salvador –que se organizó en 1956, luego de la llegada del poeta guatemalteco Otto René Castillo a San Salvador, juntándose con los jóvenes escritores salvadoreños en su exilio post-1954, y que incluyó excelentes poetas y narradores tales como Dalton, Argueta, Vallecillos, Menén Desleal, Armijo y Cea entre un grupo singularmente notable de escritores– adoptó el dicho de Asturias “El escritor es una conciencia

⁹ En el original en inglés: “What is missing in both Saldaña’s assessment of the failures of the revolutionary left and her identification of alternate models for the revolutionary subject is a sense that her objects of analysis emerge from cultural traditions within Latin America and, even more importantly, a sense that they are the products of collaboration among intellectuals and popular social actors.”

moral” como su principio guía. Dicha frase fue articulada por Asturias poco después de la caída de Árbenz. En este sentido podríamos argumentar que la construcción de la subjetividad lanzada por la *generación comprometida* (y extendida a Guatemala por medio de *Lanzas y Letras*, revista mensual editada por la Asociación de Derecho de la Universidad de San Carlos a partir de 1958)¹⁰ fue un primer paso para la transición del sujeto patriótico al sujeto guerrillero, sujeto fundador de la vanguardia revolucionaria, sujeto comandante, en el sentido de Rodríguez (ver xvii).

En este contexto puede también parecer paradójico la falta de preocupación por parte de los escritores centroamericanos del guerrillerismo por ganar lectores en la década de los 1960s. A pesar de que el analfabetismo era más alto en ese entonces, agencias regionales tales como el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) subsidiaban las editoriales universitarias y crearon una editorial regional a su vez, EDUCA (Editorial Universitaria Centroamericana) en 1968, la cual se dirigía a las élites intelectuales letradas progresistas a nivel local e internacional, asociadas de manera genérica a la noción de vanguardia revolucionaria, fuera como militantes, simpatizantes o acompañantes. Con frecuencia los mismos escritores actuaron como directores de estas editoriales universitarias. Sucedió con Roberto Armijo, Ítalo López Vallecillos y Sergio Ramírez. Era una situación inusual, si bien típica de la época. Los escritores simultáneamente ejercían el papel de letrados celebrando la centralidad de la escritura y defendiendo su aura, a la vez que transgredían por medio de la misma escritura el poder del estado, ejerciendo una política de resistencia frente al mismo. Esto sucedió por dos razones. Por un lado, los escritores sabían que en ese período los lectores eran tan solo una pequeñísima fracción de los sectores medios, acompañados de algunos individuos iluminados de las clases

¹⁰ *Lanzas y Letras* se publicó de mayo de 1958 hasta agosto de 1962. En la presentación del ejemplar número 1 del año 1, los directores Antonio Fernández Izaguirre, Antonio Móvil Belletón, Otto René Castillo y Roberto Díaz Castillo, explicaban: “Como su nombre lo indica, quebrará lanzas de crítica sana y constructiva, para lograr una mayor eficiencia y un mejor desarrollo de las actividades de la universidad en su doble aspecto estudiantil y docente, y enjuiciará, desde su punto de vista, el desenvolvimiento de la cosa pública, problema de capital importancia para nosotros...”. La mayoría de ellos procedió a militar en el Partido Guatemalteco del Trabajo, comunista. Otto René Castillo, autor del poema “Vámonos patria a caminar,” murió torturado como combatiente de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en 1967. Antonio Fernández Izaguirre fue fundador del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). Capturado siendo comandante en 1981, desapareció pocos días después. Se ignora su destino final.

dirigentes. Pero, dada la herencia de la “ciudad letrada”, gozaban de gran respeto político.¹¹ Como ya se afirmó, se beneficiaron de lo descrito por Idelber Avelar como “el aura tradicional del letrado” (12). Los intelectuales no estaban compitiendo con los ideólogos porque ellos mismos eran los ideólogos. Esta relativa independencia por contradictoria que sea le permitió a la nueva literatura emerger a principios de los 1960s para marcar una ruptura significativa con la narrativa de los 1960s y jugar estilísticamente con sus estructuras de manera análoga a la de los novelistas del boom como Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes y Donoso. De hecho, son estas mismas experimentaciones arquitectónicas en sus estrategias textuales lo que puede dificultar su lectura en contextos contemporáneos (al igual que con las novelas del *boom*), diferenciándolas de la mayor simpleza estilística de textos actuales de mayor consumo cosmopolita, independientemente de su calidad literaria, tales como los de Rodrigo Rey Rosa, Horacio Castellanos Moya o Eduardo Halfón, o incluso los de autores que se iniciaron en el período anterior con textos entonces complejos, tales como Sergio Ramírez, para citar solo estos a manera de ejemplo.

La segunda razón era que el proceso previamente señalado los transformaba de facto en “formadores de cuadros revolucionarios”, si bien esto último fuera de manera no racionalizada del todo sino más bien inconsciente, asumida como el inevitable peso de ejercer dirección intelectual como la natural carga del letrado. Su interés consistía en otorgarle significación discursiva al sujeto nacional aventurado, masculino, dispuesto a correr riesgos como gestor de poder del proyecto liberador anti-imperialista.

En efecto, la aceleración de las guerras civiles contribuyó a la auto-percepción, por parte de los sujetos centroamericanos, de haber emergido de la marginalidad de la marginalidad hasta el centro de la conciencia internacional. Este fenómeno produjo un estallido cognitivo, articulando lo que Mabel Moraña llamó “la recuperación de lo político” (425), y lo que Nelly Richard definió con posterioridad como “una dimensión que siga comprometida con las operaciones de

¹¹ Empleo aquí la frase “ciudad letrada” tanto en el sentido de la concepción original de Ángel Rama, así como en el giro posterior que le da a la misma Jean Franco en *The Decline and Fall of the Lettered City* (La decadencia y caída de la ciudad letrada).

riesgo mediante las cuales cada práctica estética o cultural decide a partir de sus batallas la forma para subvertir los pactos de entendimiento oficial con nuevas maneras de ser, de ver y de leer” (445). Contribuyó a su vez a generar un estallido de creatividad por parte de sus escritores. Marcó la producción del conocimiento centroamericano. Evidenció discursos y formas retóricas que bajo condiciones globalizadas revelan ahora tanto la continuidad como la fragmentación de los imaginarios sociales centroamericanos. Los ecos de esta discursividad pueden ser escuchados tan solo si le prestamos atención a lo escrito entre 1960 y 1990, el período de lucha guerrillera, ilusiones revolucionarias, y mayor inestabilidad política.

Si las textualidades narrativas de los 1970s fueron una táctica para definir el imaginado camino al poder, por encima de ello esta producción dirigía su cara específicamente literaria hacia articulaciones intangibles, invisibles, deseos inconscientes, placeres, gozos, temores, los elementos que articulan cualquier estrategia textual sin importar el lugar o la época. Los trabajos culturales nunca emergen en el plano racional. Aparecen de manera flexible, inmersos en enunciaciones espontáneas articuladas por significantes flotantes que van siempre articulando experimentalidades verbales como formas alternativas de conocimiento. Articulan el lenguaje para explorar, dar forma y generar formas emergentes de subjetividad, cultura y vida en procesos de intercambio dialógico con sus lectores. Esta heurística intuitiva –la emoción creativa detrás de la aparición de las palabras– se convierte en reflexión interna sobre la importancia del juego discursivo. El campo de la ficción de este período se convirtió sin duda en una retórica evocadora de múltiples juegos de verdad que buscaban captar las múltiples discursividades populares centroamericanas (Dalton, Carías) o bien capturar las especificidades vivenciales sui generis que no podrían ser nunca representadas por textualidades narrativas de cualquier otra región del mundo (Alegría, Belli, Guardia).

Los escritores centroamericanos escogieron algunas de las variantes estilísticas heredadas de los escritores del *boom* (especialmente de Cortázar y Fuentes, amigos cercanos de Alegría, Dalton y Ramírez). A la vez, desplazaron el sujeto representado sin tener conciencia del riesgo denominado por Avelar la “estetización de la política” (29), o bien de lo que implicaba la

usurpación de las voces subalternas. Una inclinación emocional condujo a esto. Una táctica operativa en el contexto de fuerzas políticas polarizándose día a día, combinada con una fe ciega en las energías liberadoras de la literatura.

Una de las reflexiones posteriores a *Taking Their Word* que emerge de esta lectura es que, como Ileana Rodríguez (ver xvii) y Saldaña-Portillo (ver 63) señalaron, la narrativa de la revolución fue también la narrativa de la construcción del yo. Esto fue cierto para la mayoría de los escritores de este período. Se consideraban a sí mismos escritores que también eran revolucionarios. Sus narrativas fueron también una justificación implícita para la constitución de sí mismos como líderes, al dar por sentado el papel histórico del letrado. Si bien esto fue primariamente cierto de Dalton, también fue el caso para Ramírez, Argueta o Armijo, entre las figuras más importantes del período. Lo fue también para muchos otros (Cea, Flores, Morales, etc.). Desde esta perspectiva, los escritores centroamericanos –particularmente los hombres heterosexuales– se reexaminaron continuamente para verificar su papel de liderazgo. Esta actitud subraya su tentación por buscar reconocimiento como modernos maestros de la narrativa en los centros metropolitanos.¹² La ambigüedad implícita generó disputas por la hegemonía entre algunos de los escritores. En Guatemala, la ruptura pública –pública porque tuvo lugar en una serie de ataques personales publicados en las columnas de opinión de la prensa local– entre Marco Antonio Flores y Mario Roberto Morales hacia el final de los setentas adquirió una dimensión cuasi-épica (cuando no homosocial). En el mismo sentido, José Roberto Cea acaparó el liderazgo moral de los poetas salvadoreños por sobre Armijo o Argueta a principios de los ochentas por residir al interior del país, mientras los otros dos se encontraban en el exilio, en

¹² Excepto aquellos escritores con algunos recursos económicos –Dalton, Alegría, Guardia, Naranjo, o Belli saltan a la meta debido a su cosmopolitismo– la mayoría permaneció con un comportamiento relativamente provinciano hasta los setentas. Como resultado, frecuentemente exotizaron y reificaron las culturas foráneas. Esto era también una fuente de vergüenza dado que, en aquellos tiempos radicalizados, esta actitud era percibida como individualista, burguesa o traidora. El hecho de que quienes permanecían fijos en su indeseable topografía centroamericana tuvieran envidia de los capaces de viajar es indicativo de esta velada lucha de clases dentro del mundo literario. Los que se quedaron en casa no podían pensar en mejor epíteto para los escritores viajantes que el de “vendidos burgueses”. Como respuesta, los otros eran frecuentemente forzados a emplear tácticas de la extrema izquierda, tales como visitar Hanoi en el punto más alto de la guerra vietnamita, Cuba en los años sesenta, o bien la China antes de que llegara Nixon a ella, para probar sus credenciales.

Francia y Costa Rica, respectivamente. En Nicaragua, los escritores que participaban en las múltiples lecturas públicas que tuvieron lugar durante los años del sandinismo peleaban sobre quien abriría y quien cerraría cada uno de esos actos. Estas disputas por el liderazgo letrado eran debates políticos velados que también evidenciaban la voluntad de poder. En todos los casos, los escritores de este período escribieron como si la historia les perteneciera.

¿Y después?

A lo largo del siglo veinte, la literatura centroamericana operó al servicio del nacionalismo, por su capacidad para promover identificaciones populares con un territorio e historia particulares y por su habilidad para ubicar símbolos nacionales en las prácticas cotidianas. Las textualidades narrativas centroamericanas de los sesentas y los setentas fueron concebidas como una variedad de discursos re-fundacionales para esas “nuevas naciones” a ser construidas por medio de luchas revolucionarias.

Sin embargo, las rupturas que iniciaron el presente período histórico con la violenta entrada de la globalización transformaron la naturaleza del discurso literario en toda la región. Desplazó por lo tanto las discursividades en nuevas direcciones retóricas y representacionales al perder peso político pero ganar poder como mercancía de consumo. Lo anterior simplificó las estructuras textuales, para asegurarles a los autores con intenciones de insertarse dentro de los círculos globalizados de distribución y consumo del libro la accesibilidad de sus narrativas textuales a un mayor número de lectores, especialmente fuera de la región. Unos pocos autores consiguieron convertir sus productos en mercancía exótica validada en el espacio transnacional o post-nacional, ideal para ser consumido en los centros metropolitanos como una picante representación de *frisson* tropical. Sin embargo, estos mismos autores tuvieron que despojarse de los rasgos específicos de su centroamericanidad, de manera análoga a lo delineado con el ejemplo de Darío en la primera sección de este artículo, cien años después del poeta que inauguró el modernismo. De nuevo, autores centroamericanos que han entrado al mercado global

se vieron obligados a elidir sus posicionamientos identitarios y transformar la posible decodificación heterogénea de su lectura en estandarización homogenizante de la cual los signos identitarios regionales quedaban excluidos, para que casas editoriales manejadas por multinacionales alemanas y estadounidenses les otorgaran el salvoconducto para circular sin impedimentos por el cosmopolita mundo global, la nueva república mundial de las letras, la cual si bien continúa caracterizada por el cosmopolitanismo eurocéntrico, ahora exige brevedad y falta de innovación estilística para que sean mejor consumidos sus cortos libros por distraídos lectores cosmopolitas con escasos períodos de atención (*short attention span*) que siempre se encuentran realizando tareas múltiples (*multi-tasking*).

El modelo de producción-circulación-consumo del libro del *mini-boom* dejó de ser sostenible cuando colapsaron las editoriales universitarias o estatales, y fueron sustituidas por algunas pocas editoriales privadas con escasos recursos operando prácticamente como micro-empresas, o bien por grandes complejos multinacionales como Santillana, que dividieron el mercado para conquistar, impidiendo que sus libros editados circularan a nivel regional o incluso en México, país que históricamente constituyó el mercado principal y críticamente más importante de la producción literaria centroamericana. Actualmente los libros de Alfaguara Guatemala ni siquiera circulan en El Salvador o bien Honduras, mucho menos en México, la Argentina o la propia España.

Las ilusiones generadas por la hipotética posibilidad de alcanzar nuevos mercados pese a la evidencia de las limitaciones –tan utópicas como las guerras revolucionarias– colapsaron con la crisis de 2008. El golpe sufrido por la economía española redujo de manera notable el mercado del libro, generando la venta de las pocas editoriales españolas que aún se preocupaban por la calidad literaria –Lumen, Tusquets– a grandes conglomerados multinacionales más interesados en mercadear un puñado de autores que escriben mayoritariamente en inglés por mucho que procedieran también de la India o Pakistán, a nivel global. Esta crisis ha golpeado no solo a los autores centroamericanos, sino prácticamente a la mayoría de autores escribiendo en castellano en América Latina, con la excepción de los escasísimos nombres ya previamente reconocidos.

Las condiciones evidencian aún más la casi imposibilidad de poder jugar con formas literarias y lenguajes heterodoxos como sucedió durante el *mini-boom* centroamericano, pues implica para los autores el riesgo de que sus textualidades no puedan nunca salir a luz.

Pese a lo anterior, de existir un mercado del libro de mayor envergadura en Centroamérica, con editoriales de peso interesadas en cultivar el mercado del libro en la región, hubiéramos visto sin duda reediciones de los textos de Roque Dalton a los 25 o 30 años de su muerte de manera análoga al relanzamiento de los de Cortázar en su respectivo aniversario, o bien veríamos en un par de años el cincuenta aniversario de la publicación de *Cenizas de Izalco*. Incluso podría estar en el aire alguna conmemoración del conjunto de autores del *mini-boom*, y editores más visionarios, interesados desde luego en ganar dinero, prepararían ediciones para las posibles pero inevitables desapariciones en algún futuro inmediato, de figuras icónicas como Ramírez, Alegría, Argueta o Belli, para tan solo citar a estos.

Si lo anterior no sucede no se debe a que estas textualidades carezcan de importancia, de calidad literaria o bien porque no marquen algún hito de cualitativa importancia cultural en la región. Su silenciamiento tiene más bien que ver con las actuales condiciones de la edición, circulación y consumo del libro en espacios etnoterritoriales que continúan siendo la periferia de la periferia, vaciándose conforme sus nuevas generaciones se juegan la vida migrando hacia los Estados Unidos, muriendo de nuevo pero ahora por guerras entre maras o carteles del narcotráfico, desplazados de sus tierras por la abusiva entrada de las compañías mineras globales, o bien ahogados en violentos huracanes por los cambios climáticos. Los países centroamericanos son ahora países en vía de extinción en tanto que entidades políticas y poblacionales. Algún día, cuando ya hayan desaparecido del todo como millares de humanos enterrados en fosas comunes, tan solo quedará el recuerdo de su existencia, como nos ha quedado el de países fantasiosos en Europa o Medio Oriente, cuyos nombres excitan nuestra imaginación en las escrituras de un Borges o un Calvino. Ese recuerdo de algo que fue y ya no lo será quedará sin embargo estampado para la breve eternidad que aún le resta a la especie humana en las textualidades narrativas del *mini-boom* –de la misma manera que lo mejor de la literatura

francesa de inicios del siglo veinte lo marca Proust o Gide y no Romain Rolland o Anatole France—. Las textualidades narrativas del *mini-boom* son, literariamente, lo mejor que produjo esta pequeña región maldita a lo largo de su increíble y triste historia, para evocar frases de García Márquez en el año de su muerte, que ya constituían las crónicas de su muerte anunciada por haber sido tan solo efímeras explosiones de amor en los tiempos de mucha cólera, que no tendrán una segunda oportunidad sobre la tierra.

Bibliografía

Anderson, Perry. *The Origins of Postmodernity*. London: Verso, 1998.

Arias, Arturo. *Taking Their Word: Literature and the Signs of Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007.

Arias, Arturo. “¿Habrán moros en la costa? La producción cultural centroamericana leída desde España”. *Estudios Transatlánticos: Narrativas Comando / Sistemas Mundos: Colonialidad / Modernidad* Vol. II. Ed. Ileana Rodríguez y Josebe Martínez. Barcelona: Anthropos, 2011. 112-124.

Arroyo Calderón, Patricia. “Liberalismo, catolicismo y romanticismo: la construcción discursiva de la identidad femenina en América Central (1880-1922).” *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos de la modernidad en América Latina*. Ed. Marta Elena Casaús Arzú. Guatemala: F&G, 2010.

Avelar, Idelber. *The Untimely Present: Postdictatorial Latin American Fiction and the Task of Mourning*. Durham, N.C.: Duke University Press, 1999.

Darío, Rubén. *Historia de mis libros*. Nicaragua: Ediciones Distribuidora Cultural, 2000.

De Castro, Juan E. “Rubén Darío visits Ricardo Palma: Tradition, Cosmopolitanism, and the Development of an Independent Latin American Literature.” *Chasqui* 36.1 (mayo 2007): 48-61.

Delgado Aburto, Leonel. “Cartografías del Yo: Escritura autobiográfica y modernidad en Centroamérica, del modernismo al testimonio.” PhD Dissertation. University of Pittsburgh, 2005.

Franco, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

Gollnick, Brian. "History on Edge: Josefina Saldaña's *Revolutionary Imagination*". *A contracorriente* 1.1 (otoño 2003): 107-120.

Moraña, Mabel. "Estudios culturales, acción intelectual y la recuperación de lo político." *Revista Iberoamericana* 203 (abril-junio 2003): 425-430.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte, 1984.

Richard, Nelly. "El conflicto entre las disciplinas." *Revista Iberoamericana* 203 (abril-junio 2003): 441-447.

Robinson, William I. *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization*. London: Verso, 2003.

Rodríguez, Ileana. *Women, Guerrillas and Love: Understanding War in Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.

Saldaña-Portillo, María Josefina. *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development*. Durham, N.C.: Duke University Press, 2003.

Smith, Jackie, Marina Karides et al. *Global Democracy and the World Social Forums*. Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2008.

Torres Rivas, Edelberto. *Interpretación del desarrollo social centroamericano: Proceso y estructuras de una sociedad dependiente*. San José: EDUCA, 1971.